

EL lunes, al conocer el asesinato de Gregorio Ordóñez, las personas de buena voluntad quedaron conmocionadas. Imagino que quien me lea habrá sido testigo de algo parecido a lo que yo ví a mi alrededor: dolor, desazón, abatimiento, la tentación de pensar que todos los planes que teníamos entre manos un segundo antes perdían su sentido.

Resulta imposible anestesiar hoy el dolor y no sólo para los que apreciaban a Ordóñez sino para todos aquellos que fundamentan su vida diaria en el elemental respeto a la vida y la libertad. Es incluso imposible amortiguar la desazón: este atroz asesinato nos obliga a preguntar qué podemos hacer para borrar el terrorismo y su estela de



OSTEGUNA

¿Qué hacer?

GERMAN YANKE

fanatismo e intransigencia de la faz de un país desangrado.

Quizá haya que empezar por superar el abatimiento y desechar aquellas tentaciones momentáneas. No puede quedar el futuro del país en manos de criminales y desalmados y es preciso, junto a la condena de la violencia, ratificar —y ratificarnos— la enérgica negativa a aceptar el chantaje que quería presentar nuestro trabajo y el ejercicio de nuestros derechos como un sinsentido. En una cosa y otra las palabras se presentan más como un obs-

táculo que como un medio: suenan a algo ya oído, repetido mil veces, los hechos parecen escaparse de las buenas intenciones. Pero ése es precisamente el terror que ETA pretende y del que hay que escapar.

No podemos terminar con la violencia «como sea» porque nada se construye sobre la injusticia: ni cambiando un terror por otro mediante la quiebra del Estado de Derecho ni cediendo un ápice de nuestro futuro a sus presiones en hipotéticas negociaciones. La democracia y la libertad no lo son

todo pero, sin ellas, todo lo demás no merece la pena. Hay entonces que volver a las palabras y sus significados. Junto a la justicia que debe dar a cada uno lo suyo, hay que oponer —por paradójico que pueda parecer— argumentos a las armas. Lo que estábamos haciendo tenía sentido, lo absurdo fue el asesinato. Es insoportable escuchar que ETA no mata personas sino lo que representan. Mata personas, no puede con lo que representan. Y aunque esto no sea un consuelo sí apunta una solución.